

El cello

Cuando dejaron de sonar los últimos aplausos, Luis suspiró cansado y, como siempre, un poco triste. Cada función de gran abono le traía la misma expectativa, la misma ansiedad. Durante la víspera se ponía nervioso e intratable; estudiaba todos los detalles, hasta los ínfimos; revisaba, en su casa, mil veces la partitura, se informaba y preguntaba a todo el mundo. Él mismo comprendía que, a veces, fastidiaba a todos, hasta a aquel paciente Bruno de la boletería, que un día le había dicho:

—Pero, don Luis, por favor, vaya, quédese en su sitio, que todo va bien.

Celina, la mujer, ya sabía, después de treinta y cinco años, cómo debía tratarlo; dos o tres días anteriores a cada función de gran abono, casi no hablaba y le dejaba en el cuarto, donde estudiaba, la comida en una bandeja. Después del estreno venían unos días melancólicos y luego todo retomaba su ritmo afable y lineal; las otras funciones era mucho menos importantes para él.

Siempre el teatro le había parecido una gran iglesia. Más que iglesia, un templo dedicado a un culto especial. Las felpas, las alfombras, los bronceos, las luces, las cortinas y, sobre todo, las gentes, con sus perfumes, sus palabras —a veces sonando en idiomas extraños—, sus gasas, sus terciopelos, y los derroches en las cabezas brillantes de las mujeres, en los vestidos como flores, en los zapatos como joyas, y hasta la luminosidad dorada que da la alegría del lujo; todo eso era para don Luis los distintos elementos que servían a ese culto espléndido y secreto de un gran dios, que los cobijaba a todos en su belleza. Por momentos sentía que el mundo que poblaba las tertulias y las galerías era ese solo ser con muchas manos, con muchas bocas, y vivía pendiente de la grandiosidad tibia y pesada del telón, que cerraba y abría el universo mágico que, de algún modo, le pertenecía.

Él llegaba temprano, bastante antes que los otros. Solía, a veces, vagar por la platea oscura y silenciosa, pero que intuía saturada de las presencias invisibles de tantas noches, de tanta música, de esa —para él— infinitud sonora que crecía hasta desbordar los límites de la razón. Le gustaba espiar la araña central, cuando lentamente iba menguando la luz y dejaba en sombra el silencio rumoroso y expectante y, de tanto mirarlas, había llegado a amar las figuras esbeltas, casi inmateriales, que se asomaban desde la cúpula, tan frágiles, tan bellas, que parecían invitarlo a irse con ellas, a sumarse a la ronda que giraba allá arriba, demasiado alto, siempre demasiado alto para él.

Todos los días, en su casa, estudiaba encerrado en un cuarto del fondo, de ocho a once, y la presencia grave del cello sonaba desde el zaguán hasta el jardín, rozando como un viento vivo la higuera, el ciprés; creciendo en los azahares de la primavera, desbordando el ruido de las lluvias y quedándose pastoso entre los muebles de aquella casa tan grande y tan vacía.

Celina, a menudo, se quejaba con doña Lucía, la vecina, del trabajo —cada día más pesado—, del dinero escaso, del reuma, de las hormigas, del invierno, cada año más frío, cada año más húmedo. Sin embargo, nunca había pensado en mudarse; en aquella casa, que había sido de sus suegros, se había casado, había nacido y muerto su hija y allí estaba su mundo. Admiraba secretamente, aunque no entendía de música, al marido, que manejaba tan bien su violoncelo, y oía, con interés y benevolencia, las historias interminables que él contaba de los primeros violines, que desafinaban, o de las violas, que no entraban a tiempo, y las pequeñas intrigas desbordantes de mezquindad de cada día, y pensaba que era una lástima que un músico tan grande se hubiera quedado en aquella orquesta del Colón. Pero el Colón era un teatro importante y, aunque pagaban poco, para Luis era su vida. Celina no lo conocía; él no la había invitado nunca a una función y ella tampoco se lo había pedido.

Aquella noche de gran abono lo había cansado más que de costumbre; pensó que estaba viejo. Cuando salió a la calle, la noche, inesperadamente helada, lo estremeció. Alguien lo chistó desde un coche; era el jefe de la oficina de prensa.

—Venga, don Luis, lo acerco a Retiro; hace mucho frío.

—Gracias, hijo, se lo agradezco.

El coche se deslizaba sin ruido por las calles vacías, los dos hombres iban silenciosos. De pronto, como siguiendo la corriente de su pensamiento, abruptamente, don Luis comentó:

—¿Y qué me dice de la función? De la soprano, sobre todo. ¡Entró tres veces a destiempo! Pero la gente como si nada, aplaude igual. Hace cuarenta años, cuando yo empecé acá, era muy distinto. Es inútil, el público se ha abaratado. O quizás al que aplaudan sea a Wagner; en fin, uno...

Lo interrumpió un acceso de tos. Cuando pasó, estaba pálido.

—¿Se siente mal, don Luis?

—No, hijo, no es nada. Solamente un poco de catarro.

En Retiro tuvo que esperar veinte minutos. Tenía frío y caminaba por el andén con las manos hundidas en los bolsillos. Pensaba que le dolía el pecho y la espalda y que se iba a engripar y, de pronto, se acordó de otra noche igual a ésta, hacía muchos años. Él era chico y estaba con sus padres esperando también el tren. Volvían del Colón; era la primera vez que iba y, justamente en ese andén, había dicho, transido de deslumbramiento: «Yo voy a ser un gran músico y voy a actuar en ese teatro y la gente me va a aplaudir». Tanto había insistido que lo habían mandado al conservatorio. Aquel recuerdo, frente a la aridez actual de su vida, le hizo daño. «¿Para qué todo?», se preguntó.

Cuando bajó del tren, el viento barría los andenes, los árboles y la soledad de las calles estiradas dentro de la noche. Caminó aquellos seiscientos metros que lo separaban de su casa, y por primera vez en muchos años, iba mirando las cercas, los jardines, los árbo-

les. Todo había cambiado mucho desde la época en que iba al conservatorio: ya no había quintas, ni baldíos, sino casitas idénticas y lindas, como de almanaque, pintadas y lustradas, con ligustrinas recortadas y chatas. En la esquina donde antes había estado un molino, oculto casi por eucaliptos altos, coposos y melancólicos, ahora había un pulcro parque inglés rodeando una casa moderna, baja y alargada como un galpón.

Llegó a su casa, pero, en vez de entrar, como llevado por un impulso ajeno, retrocedió sobre sus pasos y se largó a caminar por la noche abierta, llena de vientos y de recuerdos.

El cielo ya gris del amanecer iluminaba apenas el zaguán, cuando don Luis volvió de su noche. Entró en la casa y todavía, antes de acostarse, se demoró mirando las paredes, los muebles, escuchando el silencio familiar de toda su vida. La mujer se despertó sobresaltada al sentirlo a su lado. Él la tranquilizó con un murmullo, acarició la mano marchita que ella le tendía y miró, con tierna atención, la mancha gris del pelo en la almohada. Suspiró. Estaba triste, muy triste y curiosamente tranquilo y descansado. Vagamente pensó, antes de dormirse, que la caminata le había hecho bien.

Murió mientras dormía; el médico certificó un paro cardíaco. El entierro fue muy simple. Los vecinos, doña Lucía y su marido hicieron todo, porque Celina lloraba a ratos, dulcemente, como un chico enfermo, o se quedaba quieta, idiotizada, con los ojos fijos en un punto indefinido de la pared.

A medida que fueron pasando los días, Celina empezó a extrañar el sonido del cello llenando las mañanas. Todos los días lo limpiaba amorosamente, como si acariciara, de alguna manera, el recuerdo del marido muerto. Así la encontró muchas veces doña Lucía. Un día, tres semanas después del entierro, al verla correr el cierre relámpago de la funda, le preguntó:

—¿Y qué va a hacer con el violoncelo que tiene en el teatro?

Celina se sobresaltó.

—Me había olvidado de que existía —fue la respuesta.

—¡Pero, hija, tiene que ir a buscarlo! No se lo va a dejar de regalo a la Municipalidad, ¿no? Además, usted puede vender aquél, si quiere guardar éste como recuerdo, y se hace de unos pesos.

Celina callaba, mientras la mano nerviosa alisaba los pliegues de la funda. Después de un rato, contestó:

—Mire, Lucía, va a ser un trámite largo. Yo estoy desacostumbrada a ir al centro, no me animo; nadie me conoce, tampoco.

—Pero, Celina, era de su marido, ahora es suyo.

—Sí, ¿y cómo lo traigo?

—Pero, mujer, no seas tonta —doña Lucía se impacientaba. —Alquila un camioncito, o mejor, lo llamo a mi sobrino que tiene una «pick-up»; atrás cabe muy bien.

Después de mucho discutir convinieron que doña Lucía, como amiga de la casa y con los documentos de don Luis, de Celina y una orden firmada por ésta, iría, con su sobrino, al teatro. Y así, una tarde oscura y fría de septiembre, doña Lucía y su sobrino fueron a buscar el cello.

Dieron varias vueltas antes de encontrar la puerta de la calle Cerrito, y cuando entraron, doña Lucía dijo quiénes eran y pidió hablar con un director o un jefe o alguien im-

portante. La persona que los atendió, después de esperar un rato largo —era un hombre joven y muy apurado—, dio la mano a la mujer, suponiéndola una pariente del muerto, murmuró un pésame y dijo que don Luis Demarco había sido un hombre muy bueno. Hubo un silencio algo incómodo y ella explicó que venían a buscar las cosas del pobre señor Demarco. El hombre, entonces, tocó un timbre, vino un ordenanza y le dio una orden. Después les tendió la mano, les aseguró que les darían todo y con palabras amables los despidió.

Detrás del ordenanza cruzaron corredores, subieron y bajaron escaleras y volvieron a internarse en pasillos, donde gente muy apurada se los llevaba casi por delante. Al fin, en una oficina chiquita, un señor canoso y muy amable los hizo sentar y los convidó con café. Hablaron de Don Luis, de sus virtudes, de su honradez, de su trato cordial y de su bondad. Ella dijo a qué iban y él se levantó y los dejó solos un momento. Cuando volvió traía una caja de zapatos, atada con una cinta marrón, y un paraguas.

—Esto es todo, señora.

Doña Lucía recibió la caja en su falda, desató la cinta y la abrió; dentro había programas viejos, un pañuelo limpio y un llavero roto. Quedó un momento en silencio, luego colocó la caja sobre el escritorio, al lado del paraguas, y tímidamente, alzando la cabeza y mirando al hombre, dijo:

—Dículpe, señor, pero creo que tenía también un traje y un violoncelo. Vinimos con una «pick-up» para llevarlo.

El hombre la miró, asombrado.

—No sé, puede ser; voy a averiguar.

Y los dejó solos nuevamente. Ellos se miraron. El muchacho, en voz baja, le advirtió:

—Ojo, tía, no se deje robar, porque éstos ya sabemos cómo son; insista, de aquí no nos vamos sin el instrumento.

El hombre tardaba mucho más que antes, la mujer estaba nerviosa e incómoda, y la voz del muchacho seguía:

—Tardan mucho porque ahora que insistió no saben qué hacer; mejor dicho, sí saben; estarán extendiendo el certificado. Manténgase firme, tía; para eso tiene la orden de la viuda; además...

Doña Lucía no pudo más:

—Basta, por favor, qué charlatán insoportable.

Lejos se oía la voz de alguien que vocalizaba. Por fin el hombre volvió; estaba muy serio.

—Señora —dijo sin sentarse—, lo que le entregué antes es todo lo que hay. En cuanto al traje que usted mencionó, debo decirle que los uniformes son del teatro.

—El traje puede que sea del teatro —contestó ella, enojada—. Pero el pobre Demarco —continuó— tocaba con algo, ¿no?

—¿Cómo tocaba?

—Sí, señor; en la orquesta, ¿con qué tocaba?

El hombre quedó atónito; después, meneando la cabeza, dijo:

—Acá debe haber una confusión, señora. Don Luis era acomodador; los acomodadores no están en la orquesta, llevan a la gente a la butaca que les corresponde y les dan el programa. Don Luis era acomodador de palcos bajos.

La mujer y el chico se miraron. Ella se puso de pie; él la imitó. Con voz temblorosa repitió:

—¿Acomodador de palcos? ¿Quiere decir que nunca tocó como violoncelista en la orquesta estable?

—Jamás; le repito que debe haber una confusión, señora. Si usted quiere hablar con los compañeros de él...

—No, no. No, gracias. No hace falta. —La mujer temblaba—. Es como usted dice, debe haber una confusión.

Y apoyándose en el brazo de su sobrino se fue sin dar la mano.

Volvían en silencio. El muchacho espiaba, de vez en cuando, con el rabillo del ojo, a su tía, sin atreverse a hablar. Anocheceía y hacía frío. Él le preguntó si le prendía la calefacción y ella no contestó. Unos mil metros antes de llegar, doña Lucía, más tranquila, le dijo que detuviera el coche. En una calle vacía, frente a una barrera clausurada, el auto se paró suavemente. Vieron pasar un tren lleno de luces, después volvió el silencio y el viento y, al rato, otro tren y el silencio y todavía pasó tiempo antes de que ella hablara:

—Para no equivocarte, si te pregunta algo, decimos que no quisiste entrar y que esperaste en la puerta. Vamos.

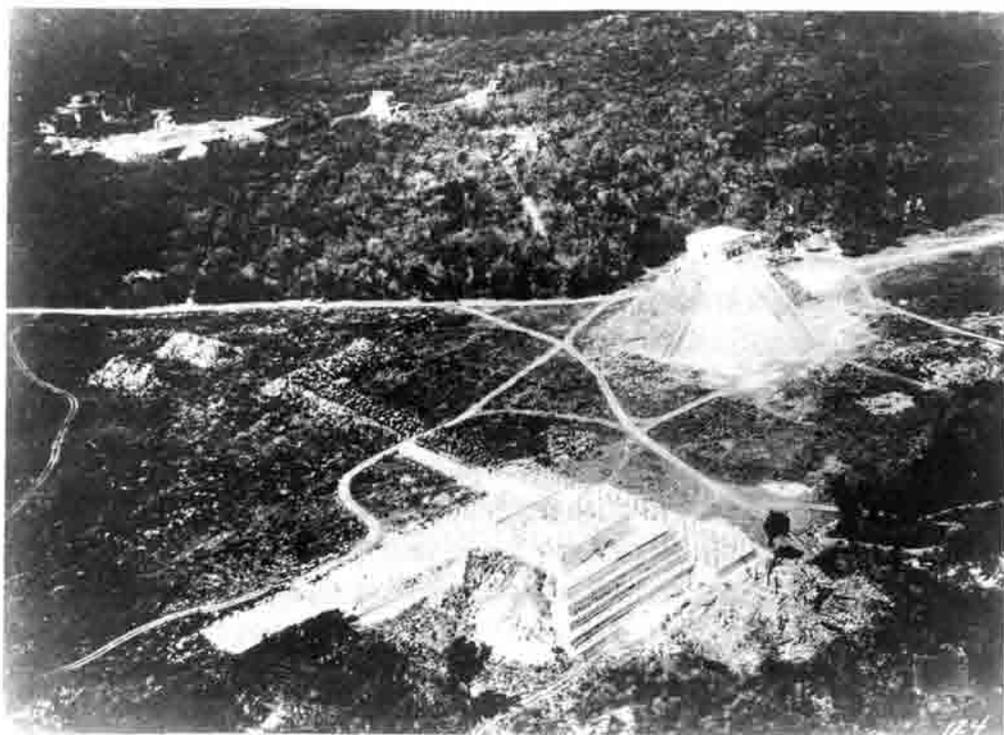
—Pero, tía, ¿qué le va a decir a la pobre vieja?

—A la señora Celina, dirás. No te importa; yo sé.

Celina los esperaba, ya intranquila por la tardanza. Doña Lucía traía un aspecto sombrío. Se sentó frente a la estufa, que no alcanzaba ni a entibiar la vastedad helada del cuarto y le pidió algo fuerte para beber. Celina sirvió tres copas minúsculas y esperó.

María Esther Vázquez

Chichén Itzá, la capital maya y ciudad santa de Kukulcán, dios de la Serpiente Emplumada. Arriba, a la derecha, el Templo de Kukulcán. Abajo, el Templo de las Mil Columnas



Pirámide del Sol, en Teotihuacán. México